

Condé Nast Traveler

THE WORLD MADE LOCAL

España

TODO EL VERANO DEL MUNDO

Sudáfrica Turquía Kerala Cannes Tahití Brighton
San Juan Island Tossa de Mar República Dominicana



Lofoten: vaivén en las islas

Llegar como turista y querer quedarte a vivir es todo uno en las Islas Lofoten.

“Turista: todo esto que ves es nuestro y también tuyo. Respétalo y ámalo como lo hacemos nosotros y siempre serás bienvenido”. Allá por los confines de las Islas Lofoten, a las afueras de Stamsund, en una curva perdida de la carretera 817, encontré la estatua de un hombre mirando a un impresionante horizonte con una placa debajo. Bajé del coche, me puse a su altura y observé lo que él veía. Entendí que quisiera quedarse allí para siempre, porque yo ya me había enamorado de esas mismas islas y me habría sentado a hacerle compañía hasta el fin de mis días. Huelga decir que en la placa no ponía eso, solo mencionaba que era una copia de una talla original de África que a su vez se había esculpido en un abeto de Oppland, un antiguo pueblo de Noruega, y se había reconstruido en bronce. Aunque sí es cierto que se llamaba El Turista. Y hasta que le di al traductor de Google, fantaseé con la idea de que pusiera algo así de bonito. No lo decía, de acuerdo, pero me parecía una forma romántica de arrancar estas líneas. Si a las autoridades noruegas les gusta y se plantean añadirlo a la placa... les cedo los derechos.



Una hoja garabateada catorce años antes

Las Islas Lofoten es uno de los sitios más difíciles para ser turista. Y no porque te traten mal. Todo lo contrario. Son tan indescriptiblemente hermosas que se convierten en un flechazo, amor a primera vista, y lo único que quieres es quedarte allí a vivir. Confirman la teoría de que la realidad siempre supera la ficción. En este caso, la ficción era todas las fotos que había visto, lo que había leído, guías que había consultado. Me formé una idea en mi cabeza y asumí que me iban a gustar. Pero no tanto. Porque yo tengo en casa una hoja garabateada y una ruta en coche por Lofoten desde 2010. Todo bien apuntado, sitios que visitar, paseos, miradores, dónde comer... Las típicas cuatro hojas grapadas que no guardas y tienes a la vista no sea que... Y, catorce años y varias etapas de mi vida después, las visité. Sueño cumplido. Ya puedo guardar las hojas, porque los recuerdos y las imágenes están en mi retina..



Es mejor llegar temprano, que no hay nadie

Llegué a Lofoten en ferry, el que sale desde Bodø y te lleva a través del Mar de Noruega durante algo más de tres horas. Lo bueno de ir en verano es que nunca se hace de noche y no importa si tomas el barco de las tres de la madrugada (mi caso), porque en algún momento va a ir apareciendo el sol en el horizonte. El día que llegué había muchas nubes y estaba gris el ambiente. Pero casi mejor. La manera en que fueron tomando forma a lo lejos las islas era como una película que abre el plano hasta mostrar el paisaje en todo su esplendor. Bajamos en Moskenes, al sur de Lofoten, y principio del viaje. Y probablemente mi primera impresión fue tan impactante porque era demasiado temprano y no había nadie, solo la grandiosidad de sus montañas y el sol haciéndose fuerte entre las nubes hasta ganarles todo el terreno.

El pueblo con el nombre más corto del mundo que huele a canela

Me hice una foto en Å, probablemente el pueblo con el nombre más corto del mundo. Y, aunque sea una turistada, no pude resistirme a desayunar un delicioso cinamon roll en The Bakery, panadería de 1844 que abre sus puertas en verano, monumento histórico y un olor que alimenta. Me senté en las mesas de fuera y allí estaban. Las casitas rojas sobre el agua, el sol, el cielo azul, los picos detrás, una catarata en una cima... Eso era exactamente lo que mi cabeza había imaginado de las Islas Lofoten. Simplemente perfecto. Caminando por un sendero llegas a un lago interior, no muy lejos, que se abre a más y más montañas. Sientes el silencio y la fuerza de la naturaleza. Yo ya había caído rendida a sus encantos y solo estaba por la primera letra del abecedario.

En conexión con la naturaleza

Una forma diferente de vivir las Lofoten es alojarte en un lugar que aporte un punto más emocional o espiritual. Y me habían hablado de [Lofoten Planet Basecamp Hotel](#) y sus propietarios, Agata y Erwin. Y allí que fui. Hablando con ella me contó que llevaban seis años con ese proyecto, que ponía el foco en la meditación, el yoga o los retiros espirituales. Proponen diferentes actividades relacionadas con la naturaleza, el entorno y la mente, conjugando los poderes de todo. "Las montañas de las islas están formadas por algunas de las rocas más antiguas del norte de Europa, tienen hasta tres mil millones de años, y esa energía puedes sentirla. Lofoten es un lugar muy especial, y nosotros creemos en esa fuerza y energía y nos gusta potenciarla desde el interior". Dice que vino a ellas sabiendo que sería su lugar en el mundo. Y la entiendo. Me contó que siempre están buscando asociarse con personas que quieran aportar su granito de arena, "profesoras de yoga, instructores de kayak, todas las propuestas son bienvenidas". Yo ya me estoy planteando si montar un taller de escritura allí.

Visita indispensable es el Museo del Pescado de Å, caminar por las cascadas, o dirigirse a Reine (uno de los puertos más fotografiados de Noruega) y hacerse el Reinebringen, una subida de unos dos mil escalones para coronar la cima de la montaña y quedarse sin aliento con una panorámica de las islas (y a lo mejor un poco por el cansancio).

Del rojo al amarillo, todo nos vale

Como una niña pequeña queriendo verlo todo, descubrí que el amarillo es el otro color de las Lofoten, y la isla que mejor lo representa es Sakrisøy. A escasos minutos de Reine, flotando sobre el agua, las cabañas amarillas de Sakrisøy parecen sacadas de un cuento imposible. Por cierto que en una de ellas se encuentra Anitas Seafood, el sitio perfecto para comer pescado. Aunque si lo tuyo es el rojo, deberías ir a Maren Anna. Junto al puerto, cerca de Moskenes (y caminando a cinco minutos



desde Lofoten Planet Basecamp Hotel), ofrecen un menú degustación que es una maravilla. Recomendación: lengua de bacalo y filete de ballena. De-li-cio-sos.

Playas del Círculo Polar Ártico

En mi hoja garabateada tenía anotada la ruta panorámica que atraviesa Lofoten en coche. Discurre entre Å y Raftsundet, con desvíos a Nusfjord, Vikten, Utakleiv, Unstad, Eggum, Henningsvær y Grunnfjør. Una combinación de océano, picos escarpados de las montañas, pequeños pueblos de pescadores resguardados o playas de arena blanca con aguas cristalinas, descubrimiento este último que te deja sin palabras. Lo último que te imaginas encontrar en pleno Círculo Polar Ártico es una playa digna del mejor destino caribeño. Y allí están. El corazón me lo robó Ramberg, al lado de la carretera E10 y la más grande de la isla de Flakstadøy. Pero hay varias, algunas necesitan de caminata de kilómetros y recompensa espectacular. Otro nombre tachado de mi lista.

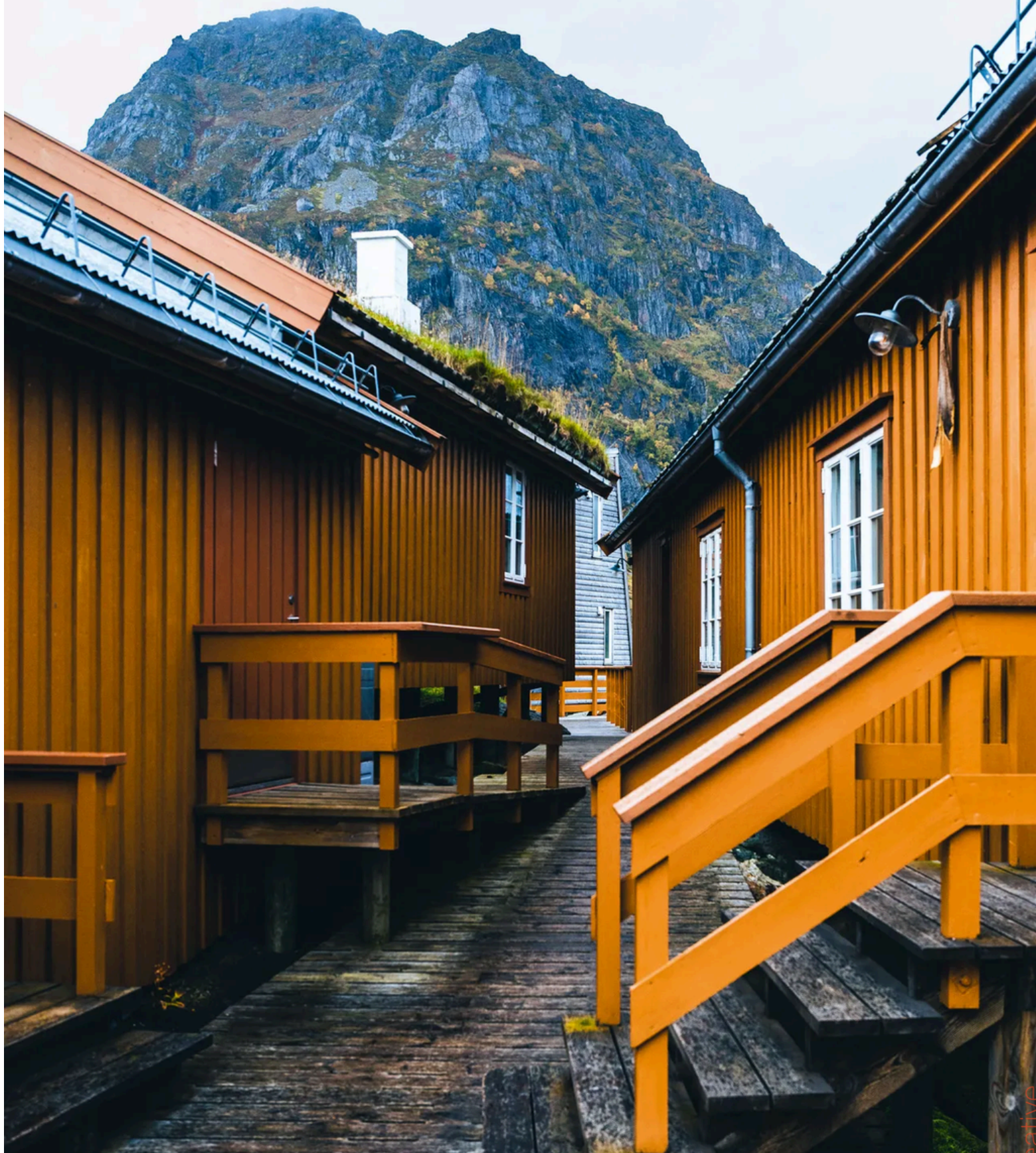


El muro de Invernalía pero en verano

Siguiendo la hoja de ruta marcada la siguiente parada tenía que ser Nusfjord, uno de los pueblos pesqueros más antiguos y mejor conservados de Lofoten. **Es un auténtico salto en el tiempo. Allí se encuentra Nusfjord Arctic Resort, de Small Luxury Hotels**, un complejo que respeta hasta el más mínimo detalle el pueblo y lo convierte en el perfecto alojamiento noruego. Se puede pagar para visitar aunque a partir de las seis de la tarde, no hay nadie y puedes moverte a tu antojo. Conduciendo hacia Nusfjord verás **el famoso Muro de Nusfjord, que muchos dicen que fue la inspiración para el famoso Muro de Invernalía** en la no menos famosa Juego de Tronos. Impresionante, lo vas a ver emerger de repente, amenazante y soberbio.

Terminar con un desayuno premiado es posible

Los caminos te llevan a Henningsvær, un acogedor y tradicional pueblo pesquero que ofrece impresionantes vistas, uno de los campos de fútbol más curiosos del mundo y una roca datada con muchos millones de años, de la primera erupción de donde surgieron las Lofoten. No quise dejar de visitar la galería KAVIARFACTORY, con una parada en Engelskmannsbygge para disfrutar de artesanías locales, tomar una última taza de café en el moderno Trevarefabrikken y acabar en Svolvær, la capital de Lofoten. De allí tomaría el ferry a Skutvik, no sin antes afrontar el desafío ártico de la Lyst Lofoten Sauna Svolvær, con cena incluida en el clásico, acogedor e histórico restaurante Børsen Spiseri, y dormir en el Thon Hotel Svolvær, un hotel moderno y confortable situado en el muelle y considerada la marca más sostenible de la industria hotelera en Noruega en 2024. El desayuno ha sido premiado como uno de los mejores del país. La sostenibilidad y los alimentos de origen local son muy importantes para ellos, por eso tienen un jardín en la azotea que proporciona la mayoría de las verduras que llegan a la mesa, lo que significa comida que no viaja, salvo que las escaleras hasta la cocina cuentan.



Me dio mucha pena dejar las Lofoten. Mi hoja tenía más nombres que antes de ir, anotando detalles que no quería que se me olvidaran. Dicen que en invierno son todavía más bonitas y solitarias. Y yo no sé si podrían gustarme más. Agata me dijo que no hace tanto frío porque las corrientes del golfo las protegen, y que el paisaje nevado resulta más conmovedor. Al final voy a tener que volver a comprobarlo por mí misma. Iré a visitar a mi amigo el de la estatua, a ver si le han cambiado la placa.